

de Mayo al Consejo municipal, para probaros cuánto deseo fortalecer vuestra independencia, á fin de que la pobre Italia aparezca al cabo en la escena del mundo, gloriosa, libre, emancipada de toda influencia extranjera, y recobre entre las grandes naciones el puesto á que está llamada por la naturaleza, por su posición y por su destino». Al efecto, propoñale armar una flotilla de las dos naciones, para proteger las islas jónicas. Al general Gentili, que había de mandarla, le ordenó apoderarse en el Levante de todas las posesiones venecianas, presentándose como aliado de Venecia; si descubría que los habitantes se inclinaban á la independencia, fomentaría esta disposición, sin dejar de hablar nunca en sus proclamas de la Helada, de Atenas y de Esparta. Gentili lo hizo al pie de la letra. Dirigió á los isleños de Corfú, á donde llegó el veintiocho, un manifiesto prometiéndoles libertad, igualdad, respeto á la religión y á los bienes y restauración del antiguo esplendor de Grecia, y los cándidos isleños le recibieron con vivas, repique de campanas y salvas de artillería. Tranquilamente se posesionó de los fuertes, metió mano en el Tesoro público y se apoderó de las otras islas, así como de los navíos surtos delante de Corfú. De manera semejante procedió Perrea en la misma Venecia. Bonaparte había hecho venir de Tolón oficiales de marina y marineros para formar la tripulación de la flota veneciana, y luego, el trece de Junio, enviaba á Perrea estas instrucciones: «Dirá usted al gobierno provisional de la República de Venecia, que la conformidad de principios que existe hoy entre la República francesa y la República veneciana exige que ésta ponga inmediatamente sus fuerzas marítimas en pie de guerra, para poder mantenernos, de común acuerdo, dueños del Adriático y de las islas de Levante y proteger el comercio de entrambas repúblicas; que, á este efecto, he mandado ya tropas para asegurar la posesión de Corfú á la República veneciana.—Bajo este pretexto, usted se apoderará de todo, teniendo sin cesar en los labios la unidad de las dos repúblicas y sirviéndose siempre del nombre de marina veneciana.—Mi intención es apoderarme, para la República, de todos los navíos venecianos, y de todas las provisiones para Tolón». Todo se ejecutó literalmente. Mientras que, en Tierra-Firme, los Consejos democráticos de las ciudades pagaban tributo sobre tributo y entregaban á la fuerza los tesoros de sus iglesias, los empleados trabajaban en Venecia, por orden de la Municipalidad engañada, en dejar limpio el Arsenal y poner los navíos al servicio de Francia.

A la caída de Venecia no tardó en seguir la de Génova, donde se había formado en torno de Faypoult, como en Venecia alrededor de Villetard, un club democrático, compuesto de algunos genoveses, de jacobinos del Sur de Francia y de Lombardia, de emigrados políticos de Roma y de Nápoles, y presidido por un boticario llamado Morando. «Nada hay que esperar del pueblo, escribía el cónsul francés á su gobierno, entregado á los sacerdotes, que le fanatizan por medio de sus vírgenes llorosas; en nosotros solo ve conquistadores, que le arrebatan su dinero y sus tesoros, y por lo mismo que personalmente nos detesta, tam-

co simpatiza con nuestros principios». Cuando Bonaparte regresó de Alemania, el club se vigorizó con gentes de todas partes; estableció un depósito de armas en casa de Morando, y anunció la próxima caída del gobierno aristocrático. El veinte de Mayo, con motivo de haber arrestado la policía á dos de los clubistas más audaces, éstos tomaron las armas, recorrieron las calles cantando la *Marsellesa* y pidieron al dux, Brignolo, la libertad de los presos. No la consiguieron. El veintidós por la mañana, sus grupos engrosaron con los vagabundos que abundan en todos los puertos; lombardos y franceses acudieron en pelotones á los gritos de: «¡Viva el pueblo! ¡Viva la libertad!», y después de sangrienta refriega, abrieron las cárceles, se apoderaron del puerto interior, Dársena, libertaron y armaron á los galeotes, y Morando proclamó en la plaza pública la abolición de la constitución y el establecimiento de la soberanía del pueblo, al tiempo que el más belicoso de sus parciales, Filipo Doria, ocupaba con bandos armados las puertas de la ciudad. El Senado se sometió; pero el pueblo soberano se levantó, del mismo modo que en Venecia, en defensa de su antiguo gobierno. Muchedumbre de costaleros y de carboneros, exasperados por las atrocidades de los jacobinos, se derramaron desde el puerto por lo interior de la ciudad, donde se les incorporaron en cada calle centenares de ciudadanos enfurecidos, y después de haberse equipado de armas en el depósito, cayeron en todas partes sobre los amotinados á los gritos de: «¡Viva la santa Virgen! ¡Viva el Dux! ¡Viva la religión!» La lucha fué porfiada, sobre todo en las puertas, donde Filipo Doria cayó muerto con muchos de sus parciales. Por un despacho de Faipoult y una humilde carta del Dux, Bonaparte se enteró de estos sucesos el veintisiete de Mayo. Censuró severamente á Faipoult por su debilidad, y envió á uno de sus ayudantes, Lavalette, con una carta, para leerla al Pequeño Consejo, en la que amenazaba á éste con declararle la guerra en el plazo de veinticuatro horas, si no ponía en libertad á los franceses presos, arrestaba á los asesinos y desarmaba las facciones populares. A todo accedió el Consejo, siendo presos tres patricios como primeros autores del motín. El Senado, asustado por la aproximación de las divisiones francesas, envió á Bonaparte embajadores provistos de amplios poderes, los cuales firmaron el seis de Junio un tratado secreto, dando á Génova una Constitución semejante á la francesa y nombrando en el interin un gobierno provisional, cuyos individuos, designados por Bonaparte, incurrian en la multa de dos mil luises de oro si no aceptaban el honroso cargo. Por tal modo acabó la República de Génova, compañera de Venecia en la desgracia como había sido rival de su fortuna y de su gloria, en los tiempos en que una y otra dominaban con sus gallardas flotas todos los mares y golfos del Mediterráneo.

Así, como señor y dueño, disponía el joven conquistador de los países italianos. En el castillo de Montbello, cerca de Milán, tenía su corte, á la que afluían generales, diplomáticos, diputaciones de las ciudades y provincias conquistadas. Su mujer, su madre, varios de sus hermanos y hermanas estaban con él, colmados de honores reales. Sus comidas

eran públicas; dejábase entrar en el comedor á los ciudadanos y campesinos de los países circundantes, que seguían con curiosa mirada todos los movimientos del ilustre general. Sus planes eran más ambiciosos que nunca. En sus expansiones de exuberante orgullo, abría indiscretamente el pecho á sus familiares, franceses ó italianos. Uno de éstos, Miot de Melito, en sus muy interesantes y verídicas *Memorias*, nos ha dejado una conversación de Bonaparte, en la que éste se quita la careta y se revela tal como era por dentro. Él, que tanto hablaba de fundar repúblicas en Italia, maquinaba ya la manera de derribar la de Francia. Oigámosle. «Lo que he hecho hasta aquí no es nada. ¿Creéis que triunfo en Italia para gloria de los *abogados* del Directorio, de los Carnot y de los Barras? ¿Creéis que para fundar una República? ¡Qué disparate!..... Esta es una quimera que les tiene sorbidos los sesos á los franceses, y que se disipará como tantas otras. Mis paisanos necesitan de la satisfacción de la vanidad.....; pero, ¿de la libertad?....., jamás la comprendieron. ¡Ved el ejército! Las victorias que acabamos de alcanzar han devuelto al soldado francés su verdadero carácter. Yo soy todo para él..... Lo que necesita la nación es un jefe ilustre por la gloria, y no teorías de gobierno, discursos de ideólogos. Dése á los franceses juguetes, esto les basta; se divertirán con ellos y se dejarán conducir, con tal que se sepa disimular á donde se les lleva». Su ambición es ya monstruosa. «No querría salir de Italia sino para ir á desempeñar en Francia papel semejante al que desempeño aquí, y la ocasión no ha llegado todavía. En París no están de acuerdo. Un partido levanta la cabeza á favor de los Borbones; yo no quiero contribuir á su triunfo. Pienso debilitar en su día al partido republicano; pero para mi provecho, no para el de la antigua dinastía». Al mismo tiempo, desarrollaba á los ojos de sus confidentes asombrados brillantes cuadros acerca de sus expediciones á Oriente, á la patria de los grandes conquistadores, y entonces se avivaba en su alma el deseo de concluir cuanto antes con el Austria. Absorto en estos pensamientos, vió con indiferencia á las tropas imperiales ocupar la Dalmacia y la Istria. Pero, de repente, empezaron á surgir nubarrones en el risueño horizonte de su porvenir.

Una de estas nubes fué que las proposiciones convenidas con Gallo desagradaron á Thugut, al extremo de escribir al conde Cobentzel que estuviese dispuesto á partir al primer llamamiento para Viena y Milán, y de encargar mientras tanto al general Merweld que vigilase á Gallo en Montbello. Entonces se convenció Thugut de lo imprudente que había sido al tratar de modificar en su provecho los preliminares de Leoben; mas, en vez de dejarse de más aventuras y asirse firmemente á las cláusulas del tratado, ventajoso para el Austria, incurrió en una falta quizás mayor: la de diferir el negocio, encerrándose en profundo silencio respecto á las condiciones y proponiendo, en primer término, la reunión del Congreso europeo, en la esperanza de aburrir á Bonaparte, de quien sabía que tenía prisa por acabar. Desde cualquier punto de vista que se considere, esta resolución es incomprensible. No había motivo para esperar que en Francia prevaleciese el par-

tido moderado, partidario de la política de paz; ni la idea del Congreso conformaba á la sazón con los deseos de las potencias aliadas. El Czar había vuelto por completo á las ideas pacíficas, al punto de haberse reconciliado con el gabinete de Berlín y ver con gusto que éste interviniese oficialmente en la paz del Imperio. La otra potencia, Inglaterra, el alma de la guerra, trabajaba sinceramente por entrar en negociaciones. Tenía varios motivos para ello. No obstante el brillante combate naval de San Vicente, donde el almirante Jervis, con quince navíos de línea, apresara veinticuatro de los españoles y el comodoro Nelson se ilustrara con rasgos de valor heroico, la escuadra española no había sido destruída, la francesa de Brest crecía sin cesar y la holandesa se preparaba, en Texel, para una nueva expedición á Irlanda. Á los temores de una próxima invasión se juntaba la crisis del Banco de Inglaterra, que obligó al gobierno á declarar forzoso el curso de los billetes. Ante esta situación, Pitt se decidió resueltamente por la paz. El nueve de Abril, informó al rey Jorge de la imposibilidad de continuar la guerra, y le propuso acceder á que los franceses conservasen á Bélgica y tuviesen á Holanda bajo su dependencia. Jorge se opuso, arguyendo que semejantes concesiones destruirían el equilibrio europeo y que la paz duradera con el Directorio era imposible. Pitt llevó la cuestión al Consejo de Ministros; expuso las razones del Rey y las suyas propias, y prevaleció su opinión, acordándose que se aprovecharía la primera ocasión propicia para negociar. En medio de estos apuros, estalló el quince de Abril la rebelión de la marina, que empezó en la Mancha por la tripulación del navío almirante y se propagó en un cerrar de ojos á todos los buques de la escuadra. No se trataba de ideas revolucionarias, sino de agravios profesionales, justos en su mayor parte: tales como la elevación de sueldo, que era el mismo que cien años antes, sin embargo de haber encarecido todos los artículos; el reparto más equitativo de las presas, adjudicadas casi exclusivamente á los oficiales superiores, y la reforma de la disciplina, por todo extremo dura y cruel. El gobierno accedió á lo solicitado, y mediante promesa solemne de una completa amnistía, apaciguó á los sublevados hacia mediados de Mayo. Pero apenas la escuadra de Portsmouth había vuelto á su deber, se insurreccionó la del Medway, con mayor violencia y tendencias políticas. Las reclamaciones de éstos fueron menos precisas. En Portsmouth, los marinos se habían contentado con interrumpir sus servicios, sin cometer ningún acto de fuerza; en el Medway, el jefe de los rebeldes, Ricardo Parker, mandó hostilizar á los navíos fieles y luego llevó toda la flota á la embocadura del Támesis, para bloquear el río y forzar á Londres á capitular. No tardó en incorporársele la mayor parte de la escuadra mandada por el anciano almirante Duncan, que vigilaba desde el Texel los armamentos holandeses. El peligro en estos instantes fué tremendo. Gracias que Holanda no había terminado aún sus preparativos y que Duncan, firme en su puesto, hizo sin cesar, con solos dos navíos que le habían quedado, señales por la parte de alta mar, como si toda la flota estuviese reunida; de suerte que los holan-

deses, mientras duró la rebelión, no sospecharon lo fácil que les habría sido bajar á Inglaterra. En esta ocasión se revelaron la firmeza y solidez de la organización inglesa. Nadie pensó en retirar las concesiones hechas, mas tampoco en otorgar otras. El Ministerio se decidió por la resistencia: colocó tropas en los puntos más peligrosos del litoral; propuso al Parlamento severas leyes contra los que se comunicasen con los buques rebeldes; Sheridan, jefe de la oposición, declaró con energía que el patriotismo y el honor demandaban la adopción de las medidas propuestas, y la población entera se apartó indignada de los sediciosos. Esta unión, esta armonía del gobierno y del pueblo fué lo que quebrantó y rindió á los marineros. Todos los navíos volvieron á la obediencia en los primeros días de Junio, y los mismos tripulantes del almirante entregaron á los jefes de la rebelión. Parker fué condenado á muerte con algunos de sus compañeros. El cinco de Mayo, en medio de estos graves sucesos, recibió el gobierno inglés la noticia de la conclusión de los preliminares de Leoben, seguida de varias comunicaciones del embajador Eden sobre la actitud reservada y poco amistosa de Thugut. Pitt no vaciló. El primero de Julio preguntó al ministro francés, Delacroix, si el Directorio recibiría un negociador, y obtenida respuesta satisfactoria, nombró ministro plenipotenciario al mismo Malmesbury, á quien recomendó al partir que refrenase todo sentimiento de orgullo para obtener el fin apetecido. Se convino en que las conferencias se celebrarían en Lille y en que Inglaterra trataría al mismo tiempo para Portugal, y Francia, para España y Holanda.

Dada esta actitud pacífica de Inglaterra y de Rusia, la respuesta de Thugut era un desatino, tanto mayor cuanto que respondía al mezquino interés de adquirir Módena para el Duque y Ferrara para la Archiduquesa, aventurándose, por tan pequeña cosa, las grandes ventajas que entrañaba el tratado de Leoben para el Austria. El veintiuno de Junio envió Bonaparte á Merweld la respuesta oficial, deplorando el súbito cambio de ideas que se había efectuado en la corte de Viena, y recordando el artículo de los preliminares, en virtud del cual la paz definitiva debía firmarse antes de tres meses. Con ser tan lince, no sospechó siquiera Bonaparte la verdadera causa del cambio, que atribuyó á la ligereza del Emperador y á la supina pedantería de Thugut, acariciando la esperanza de que el próximo correo le traería mejores noticias. Para ganar tiempo, porque tardaba entonces el correo ocho días en ir de Milán á Viena, convinieron los plenipotenciarios el treinta de Junio en trasladarse á Udina, en el Friul. Solo Bonaparte siguió en Milán, por los cien negocios que solicitaban su atención, hasta que la respuesta favorable de Thugut le permitiese reanudar la negociación. Pero, en estos mismos instantes, nueva contrariedad le sorprendió: su conducta en la destrucción de Venecia fué censurada en los Quinientos.

Las comunicaciones de Bonaparte al Directorio y que éste había leído á los Quinientos, acerca de la perfidia de Venecia, habían pasado como expresión fiel de la verdad. «El gobierno de Venecia, llegó á decir el moderado Dumolard, excitado por una de aquellas co-

municaciones, no es un enemigo, es la hez de los caníbales». ¡Cuál no sería el asombro de los diputados cuando Mayet del Pan, agente de la fracción liberal de la emigración, á la sazón en Berna, publicó en un periódico de París dos cartas dando á conocer la verdad acerca de la caída de Venecia y de Génova! El partido moderado opinó que no se podía guardar silencio acerca de hechos tan graves, y el mismo Dumolard se encargó de llevar la voz en los Quinientos. «Aunque hayan surgido muchas dudas, dijo, sobre las supuestas violaciones de derecho cometidas por los venecianos, ningún juez imparcial recriminará al Cuerpo Legislativo por haber dado crédito á comunicaciones tan precisas y tan solemnes, confirmadas por el Directorio. No quiero pensar en la suerte reservada á Venecia y á su Tierra-Firme, ni averiguar si se prepara algo parecido al reparto de Polonia; solo pregunto si el Directorio debió callarse con vosotros y si Europa no preguntará por el motivo de esta infracción constitucional. La gloria de nuestros ejércitos queda intacta; pero un borrón mancilla el honor de nuestro gobierno. ¿Es cierto que, en las mismas barbas de nuestra guarnición, los clubs de Milán soliviantan al pueblo para derribar los gobiernos sardo, toscano, papal, con quienes la República está unida por sólidos tratados? ¿Es cierto que se suscitan entre el Directorio y la Confederación Suiza disenti-mientos amenazadores para el tratado de paz en que vivimos con esta nación, antigua amiga nuestra?». Concluía proponiendo que se enviase un mensaje al Directorio pidiendo explicaciones. No le hicieron gracia á Thugut las cartas de Mallet. «Es increíble, escribió al conde Colloredo, lo que la prensa francesa osa decir de su gobierno».—«Mallet, añadía, á quien entregamos cada seis meses una pensión, nos zurra lo mismo que el Directorio; es un carácter equívoco, que se puede utilizar para ciertos fines, pero con quien hay que andarse con mucho cuidado». Mas el disgusto de Thugut no fué nada comparado con el de Bonaparte, que saltó como un basilisco al leer el treinta de Junio la interpelación de Dumolard. ¡Cómo no! Su conducta con Venecia había sido tan arbitraria, tan desleal, tan infame, que solo el pensamiento de una investigación le hacía crispár los nervios. El mismo día en que recibió el discurso, escribió al Directorio virulenta carta, quejándose de las burlas y ultrajes con que se le difamaba; de que el folleto de un emigrado pagado por Inglaterra tuviese más peso á los ojos de los representantes del pueblo que su testimonio y el de su ejército; de que el primer poder de la República rebajase á los hombres que habían aumentado siempre la gloria del nombre francés, y concluía ofreciendo su dimisión. «Necesito vivir tranquilamente, si es que los puñales de Clichy quieren dejarme vivir». Su cólera esta vez no era simulada. El altivo vencedor se había encumbrado tan alto para consigo mismo, que no toleraba contradicción á sus ideas ni censura á sus actos. El que le tocase á cualquiera de estas cuerdas, por ligeramente que fuese, trocábase para siempre en su enemigo mortal. Su odio al partido moderado fué desde ahora y por mucho tiempo el móvil de su conducta. Hizo circular violentas notas, destinadas al ejército y al